

les. Y, lejos de tender la mirada a esa porción, de ir en pos del equilibrio entre esos seres y el mestizaje levantisco de la costa, quieres alborotar a estas turbas semi-alfabetas de por aquí, que ven con indiferencia inhumana la esclavitud de esa raza desventurada? Allí tienes la verdadera labor; aconséjala y entonces habla de justicia y fraternidad! Pero no me hables de ese pueblo, que en su egoísmo, olvida a sus hermanos esclavos! A ese pueblo, yo no quiero descender. Nunca he sentido el menor afecto por esa almagama de bajezas y vilezas, ni aún cuando me mezclé entre él entusiasmado, creyéndolo sincero en el fermento de innumerables energías, y en el cual sólo encontré el choque de las más bajas pasiones.

Antes, todo se hacía en nombre de Dios, ahora todo es en nombre del Pueblo. ¿Cuál es ese pueblo? ¿Acaso ese rebaño con pastores, pasto de todas las ambiciones, esa turba que aplaude en el alargamiento informe de manos descarnadas? ¡Ya no quiero manos que me aplaudan; no quiero manos que se eleven hacia mí! No. ¡No quiero hundirme en esos oleajes de conformidad culpable!

Yo no puedo sentir piedad, ese sentimiento enfermizo de los cobardes, por ese pueblo que es explotado, que soporta esa explotación por cobardía y por servilismo, alentando el cinismo, la audacia de sus explotadores. Yo luché y luchó por la libertad y por la belleza, pero no en nombre del pueblo, de esa gran abstracción, de esa gran quimera: de ese monstruo hecho solo de egoísmos, donde fermenta la fiera humana en los fangos de una espantosa podredumbre moral.

La evidencia de sus aserciones relampagueó sobre la tristeza de su renuncia aparente. Sentía mortificante en su corazón el reproche, en ese corazón que palpitaba emocionado por una enemiga deliciosa; y, no se atrevía a levantar la mirada hacia el rostro del compañero, temeroso de que fuese a leer en sus ojos su amor, ese amor culpable, que había nacido en su carne y ya invadía su espíritu, como una esperanza preñada de peligros.

Sintiendo la necesidad imperiosa de vencer esa impaciencia del espíritu, que podía delatarlo, continuó con firmeza:

—Sí, querido Díaz, ¿por qué coger a la multitud y parapetarnos tras ella? Si palpita en nosotros el fuego de un ideal, si el conjunto de nuestras visiones tiene una amplia vida lujurante, llena de amores, de libertades, de voluptuosidades infinitas. ¿Por qué no hacemos de ese anhelo triunfador el objetivo de nuestras luchas? ¿A qué confundir nuestras esperanzas y dolores con los de ellos?... ¿por qué hacernos los necesarios?... ¡Ah! predicadores de libertad entre multitudes obreras, para ser después su negación y su ruina. ¡Yo no concibo traiciones a la libertad; sufrir impasible las carcajadas estúpidas de los imbéciles; las sentencias absur-

das de esas turbas de fanáticos rabiosos, de sectarismos delincuentes; de ese conglomerado de hombres estrechos y mezquinos, encastillados en una idea; que van como un rebaño, dañándose y sacrificándolo todo, hasta la libertad y la justicia que dicen proclamar... ¿Qué se hace junto a ese atajo, en medio de esa prosternación bastarda de almas en plegaria? Son esos desertores de la bajeza, esas obtusas mentalidades los que han comprendido la grandiosidad del ideal? No! Esos apetitos insanos, esos odios morbosos, esas impotencias venenosas, solo han llevado su contingente de odios estrechos, de riñas menudas... Nostálgicos del bien ajeno, bastardos del dicterio, hacen labor de desbarajuste y encanallamiento, porque son los rencores blasfemantes oscureciendo las purezas del Ideal...

Díaz no pudo disimular un movimiento de impaciencia, después de haber oído pesados la oración atropellada y extraña de Sorelo.

—Parece que quisieras olvidar que la organización social es injusta y cruel. Que los pueblos locos de furor patriótico se lanzaran a su mutuo despedazamiento en lugar de solidarizar para destruir la explotación y las fronteras, la antítesis trágica de la vida, y preparar el gran cataclismo social que barra con todas las injusticias y las iniquidades. Convengo en los defectos de los hombres; ¿pero porque estos son malos hemos de negar nuestro concurso a los pobres, a los débiles y a los oprimidos; a esa miserable multitud que la clase dominadora, para afianzar su férreo yugo, le ha atrofiado la inteligencia, transmitiéndole el error a través de las edades? ¿Por qué condenar a esa clase agotada por el esfuerzo, pero que es susceptible aún de sentir, amar y obrar? ¿Acaso porque las relaciones entre los hombres son criminales y falsas en el cenagal de esta envenenada civilización, no pueden sentir el vigor supremo para fundar una era nueva?... Los gérmenes que llevamos en nosotros ¿quién los conoce?

Sorelo sonrió amargamente tendiéndole la mano, para romper una discusión que le molestaba:

—No olvides—le dijo—que el hombre es una bestia feroz, que no sabe sino despedazarse en luchas estériles, egoístas, tontas... criminales...

—Descuida, Sorelo: ya me acordaré, cuando en lechos muelles, entre brazos perfumados, deje de ser feroz... y me torne... un león domesticado por la sensualidad.

Sorelo ante la alusión hiriente, sintió que la sangre se difundía en sus mejillas, que golpeaba su cabeza con impulso de tremenda indignación. Miró fijamente a Díaz, que bajó los ojos confundido; y separándose se mezclaron entre el vaivén incesante de la multitud alegre y bulliciosa.

La banda acometía los últimos compases del «Encanto de un vals» y la música senti-